

ALGUNAS NOTICIAS SOBRE EL PADRE DON JOSÉ FLORES Y LAS RICAS MINAS DE SU NOMBRE.

Era el eclesiástico don José Manuel Flores, nativo de una hacienda de campo, distante dos leguas de San Juan de los Lagos, al oriente de esta población. Hijo de padres decentes, pero de escasa fortuna, se ocupó en sus primeros años al trabajo del campo, y a los veinticinco de su edad se dedicó a los estudios eclesiásticos, concluidos los cuales fue nombrado ministro del pueblo de la Hedionda, en la provincia de San Luis Potosí. Esta circunstancia le proporcionó comprar en 1782 una mina en el mineral inmediato de Catorce, que hasta entonces había sido trabajada sin producir fruto ninguno, y el 27 de marzo de 1787, adquirió otra llamada “San José de Lorza”, que sus dueños don José Gregorio Velázquez, vecino de Matehuala y don Salvador Fonseca, que lo era de Irapuato, le cedieron sin otra condición que la de que les remunerase a su arbitrio en caso de que la mina llegase a estar en bonanza. El padre Flores siguió trabajando ambas minas, que fueron más conocidas con su nombre que con el que antes tenían, sin otros recursos que los muy escasos de que podía disponer. A fuerza de constancia y de sacrificios logró al fin alcanzar un gran salón de cuarenta varas de amplitud, “que era de pura plata”, según pormenores que dieron a don Lucas Alamán de la ciudad de San Juan de los Lagos, “sin tener que hacer otro gasto que sacar aquel polvo en bateas: la veta estrechándose y ampliándose a trechos, formaba una especie de bolsas, comunicadas unas con otras por un hilo angosto que servía como de guía o rastro para seguir de una en otra, hecho único en la historia de la minería de la Nueva España.” El padre Flores empleó los ricos productos en comprar fincas rústicas y urbanas en San Luis y en las inmediaciones del lugar en que había nacido, y marchó en 1808, siendo ya muy anciano a vivir en la villa de San Juan de los Lagos, donde permaneció hasta el momento en que tuvo el trágico y horroroso fin que dejó referido en la página 405 de este tomo.

Se había hecho el nombre del padre don José Manuel Flores sumamente notable en la minería, por los extraordinarios productos de una que empezó a trabajar en el mineral de Catorce, en la provincia de San Luis Potosí, que produjo en el primer año de su bonanza, un millón seiscientos mil duros, según dice el barón de Humboldt en su “Ensayo político sobre el reino de la Nueva España”. Cuando en 1810 estalló la revolución promovida por el cura Hidalgo, el padre Flores, que era ya muy anciano y se había establecido dos años antes en San Juan de los Lagos, cerca de cuya villa había nacido,

al brigadier realista don Félix Calleja cuando pasó con su ejercito por aquella población para dirigirse a Guadalajara. Estas atenciones con el jefe que marchaba a batir al cura Hidalgo y un pleito que tuvo sobre linderos de su hacienda de campo llamada "Estancia Grande", próxima a San Juan de los Lagos, le crearon enemigos de los que al fin fue víctima. Su muerte fue terrible. El 5 de marzo de 1811 se presentó una partida de cuarenta hombres armados de lanzas, a tres cuartos de legua de la población, que solo tenía diez y seis hombres de guarnición. Los amigos y criados del padre Flores le aconsejaron que se ocultase; pero él, creyendo que lograría contentar al jefe de la partida llamado Villareal, si le daba alguna cantidad de dinero, reunió dos mil duros y él mismo salió a conferenciar con el guerrillero que se había situado el día 6 en un cerrito a la vista del pueblo. Los diez y seis realistas de que se componía la guarnición entregaron las armas, y Villareal, viéndose dueño de la población y aumentando el número de su partida con muchos indios que acudieron a unirse a él de las rancherías inmediatas, se hizo más atrevido. Viendo que nada tenía ya que temer, ultrajó de palabra al padre Flores, y aunque le dejó volver a su casa, hizo que fuese acompañado de cuatro hombres, con orden de que no le perdieran de vista. Bien porque realmente alterasen su salud los ultrajes recibidos, bien porque se fingiese enfermo para que le dejaran, se metió en la cama; pero resueltos los de la partida a no dejarle, lo llevaron cargado al cerrito que domina el pueblo por el lado del poniente. Llegado a este sitio, le desnudaron enteramente, y uno de los de la partida, llamado Melgarejo, le dio un balazo en el pecho, cayendo el padre Flores moribundo; entonces se acercó un negro, esclavo de una hacienda, llamado Norberto, le tuvo la cabeza para que le degollasen, y atándole en seguida otros los pies, le arrastraron largo trecho por entre espinas y malezas, le llevaron a un árbol, y echándole una cuerda al cuello que se la introdujeron por la herida con que fue degollado, le colgaron a la vista del pueblo. El cadáver permaneció así por espacio de cuarenta y ocho horas, pasadas las cuales se le dio sepultura, haciéndole antes cortar la lengua, la cual fue enviada a un individuo que quedó a tres leguas de la población, y que se creyó fuese el que había dispuesto aquel repugnante asesinato. El esclavo Norberto cayó en poder de las tropas realistas cuatro meses después, y fue colgado en el mismo árbol, después de haber sido fusilado.

Referencia bibliográfica: Niceto de Zamacois, Historia de México desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días, Barcelona-México, 1876-1882, vol. VIII, pp. 404-406, 755-756.